

Señora Klein o la profesión imposible

Pieza teatral de Nicholas Wright basada en la biografía de Phyllis Grosskurth acerca de la psicoanalista Melanie Klein

Por **ENRIQUE GUARNER**

Casi todas las profesiones se prestan a la escenificación en el teatro o el cine, pero podría afirmarse que los psiquiatras y psicoanalistas, son los que despiertan mayores controversias y ambivalencias; ocupando en relación a su prestigio desde los niveles más altos hasta aquellos que podríamos considerar más bajos. La razón parte de que resultan individuos difíciles de entender y que aunque explican ciertas verdades y legitimizan el sexo, también caen en la caricatura y hasta defienden valores falsos de la sociedad.

La señora Klein es una pieza teatral de Nicholas Wright que aparentemente se basa en la biografía de Phyllis Grosskurth acerca de la psicoanalista Melanie Klein. En este artículo no discutiré las excelentes actuaciones de Ana Ofelia Murguía, Delia Casanova o la mejor de todas, la de la joven Margarita Sanz, sino de la falta de fidelidad de la obra hacia la personalidad de la terapeuta.

Melanie Reizes Klein nació en Viena el 30 de marzo de 1882, fue la más joven de cuatro hermanos. Su padre, que era médico, siempre tuvo un espíritu independiente y una actitud profundamente científica. Sin embargo, fue distante hacia la hija, tal vez porque los separaba cerca de medio siglo. El resultado de esta situación hizo que Melanie se sintiera más cercana a su madre Libussa, por la que guardó un profundo afecto.

Cuando apenas contaba con 14 años, hallándose en el «gymnasium», decidió estudiar medicina, carrera a la que ingresó en 1897. Permaneció en la Universidad de Viena hasta que conoció al industrial y químico Arturo Klein, con el que se casó. Tres hijos nacieron del matrimonio: Melitta (o pequeña Melanie), Hans y Eric. Debido a los negocios, la familia se trasladó a Budapest y allí la futura psicoanalista leyó algunos escritos de Freud, entrando a psicoanálisis con el célebre Sandor Ferenczi.

Su primer trabajo: «Desarrollo del niño»

El 19 de julio de 1919, Melanie Klein presentó su primer trabajo ante la Sociedad Psicoanalítica de Budapest, el cual versó sobre «El desarrollo del niño». En 1920, en el congreso que tuvo lugar en La Haya conoció a Sigmund Freud, pero fue Karl Abraham quien la invitó a trasladarse a Berlín. Durante el mes de enero de 1921, Melanie se separó de su marido quien decidió vivir en Suecia, mientras la psicoanalista permaneció con sus hijos en la capital alemana. Fue posiblemente allí que como aparece en la obra analizó a sus hijos, fenómeno que no era tan extraño por aquel entonces. Recuérdese que el mismo Sigmund Freud trató a su hija Ana.

A lo largo de cinco años, la señora Klein trabajó en Berlín y descubrió las fantasías infantiles, pero sus ideas causaron controversias, dado que sus colegas analizaban exclusivamente adultos.

Por invitación de Ernest Jones, Melanie Klein presentó una serie de sus originales, trabajos en Londres, durante el verano de 1925 e inmediatamente se le estimuló para quedarse en esa ciudad, donde vivió el resto de su vida. Allí se convirtió en la cabeza del Movimiento Psicoanalítico Británico y derivados de su escuela surgieron terapeutas tan brillantes como: Winnicott, Bowlby, Paula Heimann, Joan Riviere, Rosenfeld, Rycroft, Bion y hasta el mismo Laing.

Aunque el trabajo de Melanie Klein floreció, la tragedia penetró en su vida privada. En la primavera de 1934, su hijo Hans de 34 años murió en un accidente de montaña. En la obra teatral este suceso se nos presenta como un suicidio, hecho que no está totalmente probado. Las acusaciones de Melitta podrían ser balanceadas con las de su otro hermano Eric, quien fue en realidad el descubridor de la mujer checoslovaca con la que Hans pensaba casarse para salir de la homosexualidad. En la pieza se atribuye la revelación a Paula Heimann.

En esta misma obra se nos presenta la rivalidad Melanie-Melitta como algo extremadamente bizarro y esta última aparece siempre desafiante, agresiva y malhumorada. Creo que aunque la pugna existió, se nos escenifica en forma tan condensada y dramática que ambos personajes suenan como psicóticos, lo cual carece absolutamente de realidad.

Debo decir que en un principio Melitta fue sumamente popular entre los miembros de la Sociedad Psicoanalítica Británica, hasta el punto que todas sus presentaciones eran recibidas con la mayor aprobación y que incluso se le nombró analista didáctica antes de los 30 años, lo cual resultaba excepcional por aquel entonces.

Sin embargo, el paso del tiempo y el que cambiara de terapeuta, o sea Glover en lugar de Ella Sharpe, condicionó la venganza de Melanie Klein. Asimismo Melitta se volvió una analista que prestaba atención hacia el medio ambiente y la situación real que rodeaba a sus pacientes, algo inaceptable para el Movimiento Kleiniano. El dominio de este grupo dio lugar a la renuncia de Edward Glover y a que posteriormente Melitta Schimideberg emigrara a Estados Unidos, donde ya no trabajó como psicoanalista.

Otro punto controvertible de la pieza teatral es el de que Paula Heimann aparezca casi como catatónica. En realidad, esta mujer poseía un sentido del humor singular y era de una inteligencia muy superior a la que Nicholas Wright le atribuye.

El psicoanálisis o la profesión impracticable

En su último artículo publicado en 1937: «Análisis terminable e interminable», Freud decía: «Todo parece imposible en las cuales se sabe de antemano que se obtendrán resultados insatisfactorios. Las otras dos que conocemos desde tiempo atrás son las de educar y gobernar. Obviamente no podemos pedir que el futuro psicoanalista sea un ser perfecto antes de pasar por su propio proceso terapéutico, y aún se podría pensar que solamente personas con altas calificaciones deberían entrar en la profesión».

El mismo Stefan Zweig en su libro acerca de Sigmund Freud advertía: «La rareza de la combinación de cualidades para formar a alguien capaz de dominar la curación de la mente por medio del procedimiento analítico hace que éste permanezca como una vocación o misión y nunca debería ser transformado (como infelizmente ha sucedido en el mundo de hoy en día) en una ocupación o negocio. Resulta peligroso pensar cómo una disciplina que ha sido consecuencia del proceso creativo de Freud, con su refinamiento y total responsabilidad pueda caer en manos torpes. Probablemente nada ha deshonrado tanto al psicoanálisis como el hecho de que no fue restringido a un círculo aristocrático de expertos, sino que a pesar de que no puede enseñarse se ha instituido en numerosas escuelas».

Esta situación nos hace meditar en el problema irresoluble de encontrar los rasgos de carácter ideales para que una persona ejerza el impracticable psicoanálisis. Lo primero que tenemos que afirmar es que nadie nace dotado con la capacidad para ser terapeuta, sino que el análisis personal resulta no sólo esencial sino indispensable. Al mismo tiempo el uso de la misma técnica implica demandas tan arduas que deben compensarse con la utilización de psicoterapias más breves en otros pacientes.

Idealmente existen ciertos rasgos que tienen que existir en las personas que practiquen el psicoanálisis. Ellos podrían ser:

1.- Interés en las gentes, lo cual implica involucrarse en sus pensamientos, fantasías y emociones. Un terapeuta que carezca de curiosidad se aburrirá en su trabajo. En «Señora Klein», ninguna de las tres mujeres escuchaba a la otra, por lo que en mi modesta opinión quedarían descartadas para ejercer la profesión.

2.- El analista no debe ser convencional y por lo tanto, estar libre de posiciones dogmáticas, políticas y morales.

3.- Nunca perderá su propia identidad y aún sumergiéndose en la vida de la otra persona, al final de la sesión recuperará su propia imagen, la cual servirá de ejemplo. En «Análisis terminable e interminable», Freud escribía: «Es razonable esperar que un terapeuta posea entre sus requisitos un grado considerable de normalidad y corrección. Además debe conservar un cierto tipo de superioridad, de tal manera que en determinadas situaciones pueda actuar como modelo frente a sus pacientes».

4.- A pesar de que el analista mantenga su propia imagen también mostrará empatía con la persona que trate, entendiéndolo por esto último la capacidad para identificarse intelectualmente con los sentimientos y actitudes del paciente. Esto no quiere decir que permita conductas desagradables, sino que las comprenda incluso para censurarlas. La comunicación terapéutica es siempre diferente a la que tenemos en la vida real, porque la paciencia es la virtud terapéutica fundamental, puesto que facilita la clave del tratamiento, o sea la transferencia.

Retornando a la obra «Señora Klein» que con tanto acierto dirige Ludwig Margules, solamente quisiera agregar que le faltó moderación al presentar los tres casos. Efectivamente, el psicoanálisis se ha prestado a que ingresen en él un buen número de personalidades con algunas morales, algunas de las cuales han alcanzado la fama mundial como el francés Jacques Lacane. Sin embargo, aún así las aportaciones de la ciencia psicoanalítica siguen siendo las únicas que nos permiten comprender el funcionamiento de la mente humana, a pesar de las neurosis o psicosis de los autores que las descubren. En el fondo, resulta simplista pensar que los estados psicológicos anormales de los psicoanalistas puedan tirar por la borda las teorías que formulan. Cualquiera que hayan sido las raíces de las contribuciones científicas de Melanie Klein, el impacto de sus aportaciones terapéuticas siempre continuará vigente.